





1850      1851      1852      1853      1854      1855      1856      1857      1858      1859      1860

1850  
1851  
1852  
1853  
1854  
1855  
1856  
1857  
1858  
1859  
1860



Ex<sup>mo</sup> S<sup>or</sup>

Pareceme, que no tendria mas que hacer q<sup>e</sup>  
 recorrer los nombres esculpídos en los gloriosos  
 fastos de cada uno de los miembros de que se  
 compone este Ill<sup>tre</sup> Cuerpo, p<sup>a</sup> divisar los ca-  
 racteres del espíritu de que es susceptible esta  
 Sociedad, y abrirme al mismo tiempo un espa-  
 ciosissimo campo, para poder llenar el blanco,  
 que me propongo en este rato. Mas no quiero  
 Ex<sup>mo</sup> S<sup>or</sup> ocupar vuestra atencion con espe-  
 cies tan repetidas, como notorias, ni pretendo  
 tampoco servir de equo á unas voces, que no  
 tengo ni fuerza, ni claridad para devolver. No  
 necesita el conocido nombre de S. C. de la  
 corta recomendacion de mi mal cortada plu-  
 ma, siendo particularmente tan notorio, y sa-



bido, que ya los que se aplican en defender las verdades incontrastables de la Religión, como los que se aplican se exercitan en sondear ahun los misterios mas ocultos de la naturaleza, no son considerados como á estranos en ninguno de los desvelos de este literario Cuerpo.

No balanseáis S<sup>res</sup> en abrazarlos con la misma igualdad, porque penetráis á fondo, que si los primeros son preciosos á la Iglesia, los segundos son utiles á la Sociedad. El genio, ó inclinacion, que cria las Artes, y el gusto que las perfecciona pueden porfiar á competencia, para ser partícipes de vuestra reputacion. Con el mismo zelo amparáis lo armonico de la Poesia, q.<sup>o</sup> lo delicado de la eloquencia: Al Geometra exacto, al Theologo profundo, al Critico jurioso, al Historiador fiel, y al espíritu de politica; los quales unidos, aunque por ca-



minos diferentes, bajo un mismo centro, con-  
sagran á la immortalidad vuestro nombre, y  
vuestra gloria. El esplendor de esta es lo q.  
me arrastra, y por lo mismo permitidme, q.  
el blanco de todas las reflexiones, que os he  
prepara en este breve rato mi reconocimien-  
to se dirija unicamente á manifestar, supues-  
to que el gusto de las bellas Letras toma  
tanto de la imitacion; lo que obra esta en  
la Oratoria, singularmente en la Sagrada.  
Si esta va servilmente ceñida al primer sen-  
tido de las palabras, la corrompe, la des-  
figura, y la causa los mas lastimosos es-  
tragos, de que es susceptible su natural be-  
lleza; pero si anda acompañada de un dicer-  
nimiento fino, y delicado, es indubitable, q.  
la engrandece, la perfecciona, y purifica,  
de aquel mal gusto, que la dominaba en  
los Siglos 14. y 15. Me evita estas refle-  
xiones, y me da pie, para seguir esta idea



en este ~~duo~~ caso el ver á algunos Oradores  
Christianos aplicados unicamente en combi-  
nar la ciencia & los terminos, y confan-  
dirse dentro de un caos de ideas informes.

Pero el derecho de juzgar, si estas, y seme-  
jantes acusaciones han tomado su origen de  
legitimos fundamentos, y solidas causas, ya  
se que no es mio. La voz de la rectitud os  
recordará, que poseeis en vuestro cuerpo  
Oradores, que aun los Duenos, y arbitros  
de la eloquencia Sagrada en el mas flore-  
ciente Siglo de la España, no se avergon-  
zarian de mirarlos como á rebales suyos.  
Los talentos superiores de que vosotros, si  
asi me atrevo á explicar, sois los deposita-  
rios, sin duda en nada tienen que temer  
las imputaciones de la mas delicada Críti-  
ca. Al parecer S<sup>res</sup>, esta misma censu-  
ra nada mas podria llamarse, que una me-  
ra declamacion, sino estuviessemos obser-



vando, que el arte de la invencion que caracteriza a los grandes Maestros de la eloquencia está en el día casi enteramente ignorada en la Oratoria Sagrada. Ya no cuenta entre si mas ingenios creatrices. Todo toma el colorido de una imitacion, pero servil. Ya no se osa a pensar, sino despues de los demas, se enriquecen con sus Thesoras, y las mas veces se desfiguran por un luxo artificioso de terminos, propios para afear la belleza misma. Estas son *Illustres* Literatos las exclamaciones dolorosas, y los motivos, que las originan, si estos están fundados, igualmente lo son aquellas.

En efecto. En la eloquencia Sagrada sucede lo que en la profana. Ambas deben al genio suprimir esplendor, y al favor de este su rapido curso asua la perfeccion. Ambas ceñidas con las cadenas de la imitacion



degeneran, se envilecen, y finalmente caen.  
Si los Oradores inmortales de la Grecia,  
y Roma se hubiesen sujetado, a no atre-  
verse los límites establecidos por aquellos, q<sup>es</sup>  
les havian precedido; sus nombres sepul-  
tados en el olvido del Sepulcro, no solicita-  
rían ya por medio de sus obras la admira-  
cion de los Sabios, y el respeto de todos los  
Siglos. Demosthenes arrebatado del fuego  
de su ingenio, no habría producido aquellas  
exalaciones, y aquellos rayos, que trocaron  
a un Pueblo tímido, en un Pueblo de He-  
roes. Ciceron no habría reunido la pompa  
en la dulzura de expresiones, la variedad,  
y la riqueza de las frases, aquella corri-  
ente encantadora del razonamiento, con  
la noble travesura del entusiasmo. Ni  
habría sabido tampoco desviar la borrasca  
con que Roma se contemplaba furiosam<sup>te</sup>



amenazada. Catilina triunfante hubiera tal  
vez desentronizado al Cesar, y caido este gut-  
tado de Roma el Imperio del Mundo.

Mas la eloquencia debe variar todas essas pin-  
turas, y adaptarlas a las costumbres, a las  
circunstancias, o a las situaciones. Nosotros  
en efecto no somos exactam<sup>te</sup> lo que han sido  
nuestros Padres, y ahunque con verdad pueda  
afirmarse, que los hombres se asemejan en  
todos los tiempos, sin embargo en cierta ra-  
zon, y ciertas circunstancias es menester  
un particular matiz, para caracterizarlas.  
El espiritu que no sabe mas que imitar, no  
es capaz de distinguir todas estas diferen-  
cias esenciales, porque no se ocupa en  
ellas. Esto solamente se deve al ingenio, q<sup>o</sup>  
sabe producir, y sabe al mismo tiempo re-  
flexionar, y meditar señaladamente aquel



que se apoya, como en el más seguro Timon  
en Ntra Religión Catholica, la q.<sup>a</sup> le abre  
un campo el más especioso, en que asian-  
zado sobre de firmes alas, puede emprender  
un remontado suelo, concebir un proyecto  
asombroso, executarlo con un fuero parti-  
cular, provar, y persuadir, ratiocinar, con-  
vencer, censurar, y confundir, amaestrar  
los espíritus, captivar los corazones, y tro-  
carlos a su gusto.

Si Masillon no hubiesse sabido imitar,  
sino como es el imitado, ~~no~~ huviera llegado  
a aquel punto, que le vemos. Sin duda,  
que este perfecto Orador, no habria empu-  
ñado el Cetro con el Imperio de la Elo-  
quencia Christiana, sino se hubiese la-  
brado un camino desconocido para todos  
aquellos, que antes de el habian andado



las mismas Carreras. Que eloquencia mas singular, y mas nueva, que la de este hombre! el no imita mas, que a la naturaleza. Siempre ingenioso, pero sin afectacion; algunas veces sublime; pero sin presuncion, justo, y exacto en sus planos, feliz en sus aplicaciones, fiel en sus descripciones, moderado hasta en su misma vehemencia, y pintor incomparable del Corazon humano. Estos son los Oraculos de la eloquencia que pueden, y deben ser consultados; pero tampoco debe uno aprovecharse de sus trabajos, sino con aquel discernimiento fino, y delicado, a que son ellos mismos deudores, p.<sup>ta</sup> la superioridad que han obtenido sobre aquellos, los que les sirvieron de guia.

Colloquemos pues a esses hombres incapaces



de crear los conceptos, que se atreven á  
publicar, y pongamoslos dentro de ciertas  
circunstancias, que los precisen á tener  
hechos nuevos, e interesantes. Suponga-  
mos que en un discurso ya sagrado, ya  
profano, hayan de caracterizar á un Rey,  
que pueda tener alguna comparacion con  
un grande Heroe; pero que al mismo ti-  
empo no le vemos sobre mil puntos de vis-  
ta semejante, más que á sí mismo; Que  
auxilios hallarán ellos en la imitación,  
para llevar á cabo su retrato? baxo de  
imágenes generales anunciarán un Prin-  
cipe superior á sus acontecimientos, su-  
perior á sus desgracias, grande por su va-  
lor, mas grande por su Religion; protec-  
tor de los ingenios, Padre de los infelices,  
y amado con razon de todos. ¡ Mas la



Europa, y aun el Univerſo reconoceran en eſte  
ligero dibujo aquel Heroe, que les propusieron  
pintar? No Señores. Quasi facil es al recono-  
cimiento comprehender el precio de la felicidad  
de un Príncipe heroico, tanto mas difícil es á  
la elocuencia delinear su exacta copia. Por ven-  
tura no se necesita alguna centella del genio,  
que animó al tal Príncipe, para dar como  
el tan fino movimiento á todas sus manio-  
bras, y esparcir en sus Estados tranquilos, y  
florecientes, el gusto, la emulacion, la virtud, y  
la vida? El espíritu de imitacion debe confesar,  
y reconocer en esto su insuficiencia, pues nadie  
ignora, que para pintar á un Alexandro, es  
menester á un Apeles.

Tampoco puede disimularse aquel espíritu q.  
no ocupado mas, que en recoger aquello que han  
dho, y han pensado los demas, anuncia una  
esterilidad perſuival á la elocuencia Sagrada.



nada menos, que lo es esta á todas las artes,  
y á todas las ciencias. Pero tiene, por ven-  
tura, nuestro Siglo derecho en lamentarse  
de esta esterilidad? No por cierto. Hay to-  
davía Oradores Christianos, que la poste-  
ridad misma no se desdenaría de ponerlos  
en parangon con aquellos hombres admira-  
bles, que embiamos á los Siglos mas flore-  
cientes. Una eloquencia rapida, encambrada,  
profunda, tan rica en imagenes, como en  
razonamientos nos muestra en un solo hom-  
bre el talento de muchos grandes Heroes.  
Muchos se distinguen, ya por el <sup>en</sup>ingenio  
invidiable de saber enlazar en sus discurs-  
os el lenguaje de los libros Sagrados, y  
acomodarselo como á su propio idioma: ya  
por el ingenioso arte de reducir los pre-  
ceptos á maximas, de adaptar los razo-  
namientos á las pinturas, y de saber tro-  
car las mismas realidades en puras apa-



nuencias.

Y quando la imitacion mas escrupulosa  
fuese oy dia el vicio dominante en la elo-  
quencia Sagrada, realizaria este las apre-  
hensiones, a que se entregan muchos de ver-  
ta inclinada aci a su total decadencia? Si  
esta decadencia puede temerse, sera menos  
ocasionada por los que aprovechandose de  
las riquezas de otro, descubren su propria  
falta, que no por aquellos, a quienes una  
vana pretencion de espiritu les oculta a  
la penetracion de aquellos mismos, que  
pretenden instruir. Los primeros a lo me-  
nos pueden ser solidos: los segundos, no  
son mas que superficiales. Aquellos po-  
nen su caracter, y obligacion en iluminar:  
estos, no saben sino obscurecer.

En efecto. Que abuso! de introducir en



aquel genero de eloquencia la mas pro-  
pria, para el descubrimiento, y manifes-  
tacion de ideas grandes, essa sutileza de  
pensamientos enigmaticos, que el gusto  
mas purificado, no puede perdonar, sino  
con mucho dolor en estas obras destina-  
das unicamente al entretenim<sup>to</sup>, y ocu-  
pacion de la ociosidad. Que abuso, de  
emplear en defenza de la verdad estos  
adornos pueriles, con que una pluma li-  
gera se complace, para llenarla de inge-  
niosas ficciones! La gracia del estilo, la  
variedad de las figuras, ya se, que no son  
embeleros estranos a la eloquencia Sa-  
grada. Semefanto a la pintura; ella per-  
mite animar los dibujos, y distribuir sa-  
biamente las sombras con la claredad.  
Pero estos rasgos brillantes, cuyo uso di-  
rige con la mayor inteligencia una mano



Dústrá, derramarlos sin discreción, y con prodigalidad, es falta de espíritu, y de aquel pulso, que en esto mismo quiere aparentarse por aquellos, que quieren cooperar á la instrucción de los Pueblos, á la reforma de las costumbres, á la extirpación del vicio, y á la consolidación de la virtud: De que aprovecha finalmente aquel juego de voces buscadas con el mayor trabajo, aquellas expresiones severamente acompañadas, y aquellas sutilezas finas, que la sola vanidad desagrada inventa: estas frases poco luminosas, antes bien ilusorias, y que baxo de un encadenamiento asombroso de terminos, parecen encerrar dentro de sí verdades, las más acendradas, y puras, quando no ofrecen mas que errores, y equivocaciones?

Abrazanais pues vosotros esta clase de



eloquencia, que á fuerza de quererlo sugerir  
todo á las reglas combinadas por el espí-  
ritu, las mas veces, no dá mas que en  
las sombras? No Señores. El Tem-  
plo de las Musas en donde veláis por  
la gloria de las Letras, no se ha abierto  
jamás á estas voces funestas, demasia-  
do poderosas de traer con sig, la de-  
formidad del gusto, y de la eloquencia! Co-  
te aparente esplendor, y brillantéz de  
una piedra que puede imitar al dia-  
mante, pero que dista en mucho de su  
valor; esta figurada magnificencia de una  
engañosa, y falsa opulencia, que oculta  
la misma miseria; esta eloquencia de  
Figuras, y no de conceptos, de expresio-  
nes; pero no de sentimientos; en fin es-



ta elocuencia misma que procura mas en  
hacerse adivinar, que no en darse a entender,  
es la corruptriz de la Oratoria Sagrada.  
Tambien el gusto solido, la sana filosofia, y  
la razon advertida, se avatiran a este  
punto, no digo de aplaudir, mas ahun de  
tolerarla en un discurso profano. Pues si  
esto se considera desquiciado en un razo-  
namiento de esta naturaleza, que se diria  
verlo collocado como en su Silla en un dis-  
curso Sagrado, en que no deve brillar mas  
que la augusta Magestad de la Religion,  
y la simplicidad del Evangelio. Es constan-  
te que este no queda menos desfigurado, por  
los artificios, y coloridos del espiritu, que  
por los descarríos de la imaginacion.



Però al paso, que yo acuso a esos es-  
píritus de pura perspectiva, que pre-  
paran con sus frívolas sutilezas la de-  
gradacion sensible de la eloquencia sa-  
grada; tampoco pretendo excluir la gra-  
cia de una literatura igualmente solida,  
que instructiva. Por ventura há de ser  
prohibido a los Oradores Sagrados, mes-  
clar entre los Thesoros de la literatura,  
la elegancia, y la belleza que pueden  
amenazar las verdades aridas de la Reli-  
gion?

El Mundo apetece, que al gusto de  
la instruccion, se le añada el zaynete  
del placer, pues la sola sabiduria des-



nuda, de todos aquellos adornos, que li-  
songean al gusto, y al oído, raras veces  
interesa á aquellos mismos, á quienes  
admira. El dibujo de la Religión el mas  
razonable, y cabal, quando no presenta  
mas, que objetos de pura especulación es  
casi siempre inutil, para la reforma de  
las costumbres. Que se presente en un  
discurso Sagrado un hombre <sup>enredado</sup> ~~sepultado~~ pro-  
fundamente en el laberinto intrincado  
de questiones Theologicas: Que cargue  
la eloquencia Sagrada de argumentos  
espinozos, de distinciones obscuras, las  
mas proprias para confundir, y enredar al  
espiritu, que no para exercitarlo, y que en



sus discursos aridos, con un concepto frio,  
e inanimado siga aquella carrera siem-  
pre igual de Silogismos, amontonados  
unicamente, para dar a los Divinos Ora-  
culos toda la fuerza de una demonstra-  
cion invencible, ignorando al mismo aquel  
envidiable, y feliz secreto de agradar, por me-  
dio de la eleccion de las reflexiones juicio-  
sas, de aquellas maximas, que arrebatan  
de los movimientos arreglados, y de los  
dibuxos mas interesantes, y que efectos  
producirian estos discursos methodicos, y  
racionantes? Ellos imprimiran el res-  
peto de la Religion, pero no persuadiran  
su practica, podran arrancar los persui-  
sivos del espiritu, mientras los vicios del



corazon se arraigaran.

Figúraos ahora pues con el mismo fondo de sabiduría, á un Orador, cuyo espíritu se haya familiarizado en las frases sublimes, en las figuras bríosas, y en las expresiones de los Oradores Griegos, y Romanos: á quien en fuego de la Poesia haya comunicado este calor creatriz, que da color á las palabras, y alma á los conceptos, que ya como un torrente impetuoso arrastra con la rapidéz del estilo, yja con una expresion magestusosa imita el pacífico curso de un río tranquilo, poniéndose siempre á la vista la imagen de la historia de los Reyes, y de los Imperios, para manifestar en la sucesion de las Coro-



nas el Orden invariable de la providen-  
cia; en las revoluciones de los Estados,  
en las vicissitudes de la fortuna, y de  
las victorias la inestabilidad, o incertidum-  
bre de las cosas humanas; rico por un  
lado, con estos inmensos Thesoris de g.<sup>o</sup>  
su ingenio sabe aprovecharse con venta-  
ja, y armado por el otro con los rasgos  
mas propios, que le ofrece la Religion  
bien meditada, y profundizada, como  
por un Orador Christiano, que tiene so-  
bre los espiritus, y los corazones un no  
se que de imposicion; si raciocina, per-  
suade: si instruye aplica: si punta, in-  
terreta: si censura, corrige: si amenaza  
confunde, y siempre agrada con el exem-  
plo, que nunca olvida.



De esta suerte andaba la carrera Evan-  
gelica aquel Joven, pero eloquente Fene-  
lon. Su primer vuelo, no fue como el de  
una pequeña, y temerosa Aquila. Atrave-  
sose á remontar hasta los Cielos; y sor-  
prendida la Tierra de la magestad con q.  
se anunciaba, no dudó ya, en que su medio  
dia, havia de corresponder á su aurora..  
Que gracia, y que fuerza! Que fuego, ay  
que reflexion! dentro de sus discursos es-  
tan collocados con el mayor gusto la fe, la  
razon, el espíritu, el ingenio, la persua-  
sion, y el sentimiento; pero como posee  
este admirable Orador un don tan singu-  
lar de saber enlazar lo brillante de las ex-  
presiones con la solidez de la doctrina!



Dandose el mayor movimiento, y desvelo,  
para añadir al constante estudio de la  
Religion, la continua cultura de las be-  
llas Letras. Baxo su pluma, que dirige  
la elegancia misma; ahun las riquezas  
sacadas de entre los mananciales profa-  
nos, llegan por el uso, que sabe hacer de  
ellas, a ser otros tantos Thesoros Sa-  
grados, cuya verdad sabe adornar, y he-  
moscar, con indecible pumor.

Tal era el acendrado methodo de pensar  
de este Orador sublime, y vehemente; ele-  
vado al Sanctuario de las Musas, y  
familiarizado con todas las gracias de  
la Literatura, mereciendo con sus poesi-  
as dignas de Virgilio, de Horacio, y de  
Ovidio, tener al grande Cornelio por su



traductor; pero á que vengo yo á proponer  
los modelos de la eloquencia, que florecie-  
ron en la Francia, quando la España ha  
producido tantos, y tan insignes Oradores,  
como aquellos? No hay mas que fixar  
los ojos, ahun fuera de nro mismo País,  
y registrar con atencion algunas edades,  
y veremos floreciente en Italia, singular-  
mente en el Siglo 16. al insigne Espa-  
ñol Salmeron muy estimado por su dis-  
curso lleno de toda erudicion. Otros Ce-  
lebres Predicadores Españoles ocuparon  
en aquellos tiempos el Pulpito Italiano,  
despues de haver ilustrado el de su  
Nacion; Que gloriosa, y bella pintura,  
no hace el Cardenal Borromeo (lib. 3.)  
del modo de predicar de Alfonso Lobo



en quien voz, y gesto, vestido, y ademan,  
corazon, y lengua, pensamientos, y afec-  
tos, todo ayudaba a la fuerza, y ener-  
gia de su predicacion! El gusto, y ad-  
miracion con que era oido en Roma  
Fernando de Santiago ahun predican-  
do en España, excitó los lamentos del  
Papa Paulo V., y de otros respetables per-  
sonages, por su partida de aquella Cui-  
dad. Por espacio de 24 años, predicó To-  
ledo en Roma, y fue siempre oido con  
singular gusto, tanto por la seriedad, y  
gravidad de las oraciones, como por la  
variedad, y novedad de los argumentos,  
sin vanos pensamientos, y sin estudia-  
dos adornos. El citado Cardenal en el  
libro 3. dice; que habiendole oido le pare-



cia, que nada mas podia desearse, y alaba  
ba en el una artificiosa vrebidad, que  
unida al candor del animo, era como un dar-  
do de persuasion, y una fuerza de argu-  
mentos, que hacia se le tuviesse, por uno  
de los Maestros de la Oratoria: :::: Y  
no solo eran estimados en Italia los Predi-  
cadores Espanoles que se oyan en las Igle-  
sias, sino que se buscaban, y se traducian  
an los Sermones mismos recitados en  
España. Los de Bezalta fueron traducidos  
en latin por el Dominicano Tagliapietra,  
y los sermones tanto latinos como Espa-  
noles de Granada los leian con singular  
gusto, y consuelo, S.<sup>o</sup> Carlos Borromeo,  
el Cardenal Federico, y quantos como  
dice este mismo Cardenal, se ponian  
a leerlos, con algun conocimiento de las  
cosas de Dios, y de si mismos. Al mismo



tpo se oian tambien, con mucho aplau-  
so en Italia Pagliardi, Marcelino, Ma-  
thias, Bellintano, y varios otros.

De todo lo referido se desprende con la ma-  
yor naturalidad, que áquel dicomuniento  
fino, y profundo juicio, que en nuestros  
ya citados predecesores admiramos; pue-  
den servirnos, de modelo, y seguro norte  
para no degenerar en una imitacion  
servil, sin havernos de avasallar á los  
puros preceptos de los Oradores estran-  
geros. El caracter, e ingenio Español  
es bastante para dar de sí una pieza  
la mas delicada, y profunda: este, segun  
el erudito Masdeu resulta de las ca-  
lidades mas proprias de la melancolia,  
y de la colera, humores dominantes



de esta Nación. La Melancolia hace al hombre lento, serio, y reflexivo; calidades, que producen un juicio profundo. La colera lo hace energetico, fogoso, y vivaz; calidades, que elevan la mente a una agudeza sublime; de consiguiente el juicio profundo, y la agudeza sublime compondrán el caracter del ingenio Español, con el mas exacto equilibrio entre sí.

No penseis Señores, que todas estas expresiones tengan solo su fundamento, y apoyo en el amor de mi Nación. No hay mas, que fixar los ojos en los varios, y repetidos testimonios estrangeros, que en confirmacion de esta verdad refiere el



ya citada Masdeu, y atender á lo  
que dicen los Diaristas de Breux,  
quienes acientan de los Españoles;  
que sus ingenios, son hechos propria-  
mente para la verdad, para la solidez,  
y p.<sup>a</sup> la belleza: pues si las fuerzas  
del ingenio Español llegan á los ter-  
minos de agudeza sublime, y demás  
que ya he dho, para que quererse su-  
getar á una imitacion servil, e indis-  
creta, que estamos todos los dias ob-  
servando, mayormente en la Oratoria,  
Sagrada? No hay mas que probar  
las fuerzas de su entendimiento,  
aquel que quiera consagrarse á tan  
grave profesion, y habituarse á conti-



nos ejercicios, y entonces hallará,  
que en el alma sucede lo mismo, que  
en el cuerpo, en el qual las partes  
mas exercitadas, son siempre las mas  
robustas, y las mas discretas. Entonces  
conocerá, que el talento Oratorio, se ha  
de sacar de su proprio caudal; porque  
sin ingenio, no se inventa, sin imagina-  
cion no se pinta, sin sentimiento, no se  
mueve, y nadie deleita sin gusto, como  
sin juicio nadie piensa.

Ya se que algunos Varones Apostóli-  
cos, que poseen el zelo, y exercicio, que  
yo no conosco, y jamas sabria definir,  
han establecido los preceptos, y señalado  
los caracteres precisos, para los que as



piran á tan alto ministerio, y por lo mismo no vendrian al caso mis niñezes, si pretendiera dar reglas, p.<sup>a</sup> una discreta imitacion, y quisiesse demostrarlo, lo que en ella se debe evitar, y guardar, para no corromper, ni desfigurar una pieza Oratoria. Se por ultimo, para dar fin á este discurso, que la Cathedra Sagrada, segun D.<sup>n</sup> Antonio Campmany, va recobrando en España sus antiguos derechos: la persuasion Evangelica, la sencillez Apostolica, la energia Profetica, y la decencia Oratoria, á pesar de la obstinacion de los esclavos de la costumbre, que fundan el



amor de la Patria, en el de sus inte-  
reses; los quales quisiera prosperasen  
á medida de los fervorosos deseos, con  
que apetezco mi voluntad cooperar en es-  
ta parte, y complacer con mi corta  
utilidad á este Ill.<sup>mo</sup> Cuerpo, á quien  
quedo sumamente reconocido, dándole  
las mas expressivas gracias.

So  
Fin.